

Transición hacia la Democracia: ¿Capitalismo o Socialismo?

Lic. Rubén Mendoza Ayala

*Director General del Centro Estatal de Formación de Cuadros
del C.D.E. del P.R.I. en el Estado de México*

El capitalismo, como tal, ha sobrevivido de generación en generación, tal vez por miles de años, desde su aparición en su forma más primitiva. Recordemos a los fenicios como comerciantes errantes que practicaron el intercambio de mercancías en distintas partes del mundo hasta entonces conocido.

La Edad Media aletarga el desarrollo capitalista tal como hoy lo conocemos. Fundamenta su estructura en la nobleza, la Iglesia y los gremios. A esta sociedad se le califica como estamental, en la que el individuo nace de acuerdo a un status social preestablecido; se desarrolla en una economía cerrada, concéntrica que no permite ampliar más el margen de acción del capital. Las famosas Cruzadas y su lucha supuesta contra “el infiel” herético no son otra cosa que los principios de los síntomas de la ineficacia en que yacía el mundo medieval.

Es el Renacimiento el punto de explosión que da por terminado el mundo de las dos espadas y vuelve los ojos al Racionalismo, al hombre y su real fundamento. De aquí continúa casi inmediatamente el desarrollo capitalista en sus diversas fases hasta llegar a la Revolución Industrial que provoca en definitiva los cimientos de la actual estructura del capital.

Adam Smith, quien vive estos momentos, es el primer teórico que no analiza sino describe las leyes naturales bajo las cuales su mundo se desenvuelve, ordenándolas, dándoles coherencia y formulando una doctrina económico—liberal. Aquí nos atrevemos a afirmar que el capitalismo, como tal, ha carecido de estructura ideológica-política propia;



sin embargo, se ha sostenido frente a los embates de cuanta idea ha surgido a través de los años. El marxismo, el más serio contrincante como modelo alternativo, parece haber probado en este siglo su ineficacia como sistema.

Probablemente el desarrollo del capital es inherente a la actividad humana no obstante los serios desequilibrios que provoca en la sociedad, pues nada lo ha podido detener, inclusive cuando socialistas han tomado el poder de un Estado capitalista. Como Schumpeter lo expresa, los mismos se comportan de una forma tal que ni Marx los entendería cuando llaman a los trabajadores del mundo a unirse. En el gobierno los socialistas harán proyectos y acciones tendientes a que el sistema pueda regular el interés de los trabajadores. Lo que no pueden, e inclusive no tratan de cambiar es el sistema de capitalismo a socialismo. Muy a pesar de las nacionalizaciones y aumentos de impuestos, prevalece el modelo.

En los Estados totalitarios marxistas-leninistas la aparición del mercado negro, la ineficiencia de su sistema planificado y centralizado, hace que la sociedad se politice al grado máximo de hacer revoluciones en pos de soluciones a sus demandas y necesidades inmediatas.

¿Qué nos indica esto? Que en la historia del capitalismo la práctica siempre ha precedido a la teoría. Hoy el capitalismo se muestra como una ideología a través de las tesis neoliberales, pero por una competencia natural al socialismo. Considerado así, el capitalismo es un fenómeno no ideológico y es por ello que los socialistas pueden administrarlo, sea regulando o modificando, sin que por esto deje de ser capitalismo.

El problema que surge aquí es saber si, como Schumpeter expresara en su libro Capitalismo, socialismo y democracia son sistemas conciliables, ya que México está viviendo una era de transición que muestra fuerzas políticas que realizan determinadas prácticas que las hacen ser clasificadas como socialismo o capitalismo.

Ante el evidente programa salinista es necesario determinar si el ya conocido Liberalismo Social puede ser garantía de desarrollo armónico y democrático. En este punto habrá que destacar que el liberalismo como ideología inicia su recorrido hasta los años 20 de este siglo. El precedente de Adam Smith y los subsecuentes teóricos se encuentran dispersos en cuanto a fines y principios, pero todos, por lo general, definen una idea central: la libertad de acción, pensamiento y expresión del hombre.

Probablemente se desprenden estos principios de la oposición manifiesta del hombre al régimen tiránico y absoluto. Von Mises, Merger y Hayek, pertenecientes a la escuela austriaca, son los primeros en tratar de sistematizar una teoría liberal acorde al desarrollo del capital; autores que estuvieron dormitando medio siglo, hasta que despertados volvieron a estar en bogá.

El liberalismo está marcado en estas últimas dos décadas por principios que han emergido del Primer Encuentro de Instituciones Liberales realizada en Río de Janeiro en junio de 1988. Entre ellos se encuentra: la libertad, el derecho a la propiedad, el orden, la justicia, la democracia y la economía de mercado.

En abril 11 de 1990 la Conferencia de Bonn sobre Cooperación Económica en Europa afirmó como principio:

“Las instituciones democráticas y la libertad económica coadyuvan el progreso social y económico. La eficiencia de las economías de mercado se basa primeramente en la libertad de la empresa individual. Por eso, la libertad económica del individuo incluye el derecho a la propiedad, comprar, vender o contratar y cualquier otra manera de utilizar la propiedad, reconociendo la relación estrecha entre el pluralismo y las economías de mercado”.

¿Son pues el capitalismo y las ideas liberales un freno o aliciente para la democracia en México?

Nuestra respuesta es que no todo capitalismo y democracia son compatibles. En este punto coincidimos con Berger cuando expresa que un camino práctico para describir la relación entre democracia y capitalismo es afirmar que son asimétricos. “El capitalismo es necesario aunque no suficiente condición para la democracia, pero la democracia no es precondition para el capitalismo”.⁽¹⁾

Con lo anterior se deduce que el desarrollo económico basado en las fuerzas del mercado no es condición para que exista un régimen democrático. El caso chileno es una muestra singular de cómo se desarrolla un sistema capitalista y luego un sistema político democrático; muchos casos asiáticos, como Corea del Sur, confirman esta tesis.

La pregunta contraria es si el socialismo permite el desarrollo de la democracia cuando sus principios pueden ser definidos con la propiedad pública de los medios de producción así como el correspondiente control y ejercicio de éstos por el sector público, tesis defendida por algunos partidos políticos en México.

Contrariamente, consideramos que el socialismo no ha sido un pivote bajo el cual emerjan regímenes democráticos; los ejemplos de otros países constatan lo anterior. El efecto socialista, por su naturaleza, es antidemocrático inherente a su origen estructural y no simplemente por su ideología o su variedad de marxismo—leninismo, sino porque hace poco probable el desarrollo de la democracia. Los socialismos más suaves que han proyectado sociedades utopistas como las que proponen pequeñas asociaciones de productores, en una visión sindicalista, han permanecido como utopías y no han prosperado. El socialismo, además, requiere de vigilancia permanente, expropiaciones y frenos a la libertad, que no son compatibles en ninguna sociedad que se jacte de ser democrática. El paso a un régimen autoritario es más factible en las prácticas socialistas que el desarrollo democrático.

¿Qué ha sucedido pues en la transición económica y política de México? Sencillamente las políticas socialistas imperaron en determinado momento, no el proyecto revolucionario que fue deformado a través de los años por sucesivos gobiernos. Las aspiraciones sociales no se contemplaban en un Estado centralizado, acaparador y propietario, sino en el desarrollo armónico de los factores de la producción. La misma Constitución de 1917 reconoció la existencia de clases sociales y buscaba atenuar los efectos del capitalismo a ultranza. El Liberalismo Social viene a recoger, sin duda, planteamientos de la Revolución y a corregir excesos de gobiernos. Como tal, permite la presencia de las fuerzas de mercado que en nuestro particular punto de vista sí compagina con la democracia.

En la actualidad no existe democracia sin un libre mercado, libertad de pensar y actuar.

Los principios liberales están inmersos en las fuerzas de las economías de mercado y propician la pluralidad, la oferta y la demanda en todas las esferas, ya sean política, social o económica.

El socialismo uniformista, planea y define por otros. La democracia, pues, no es altamente compatible con las tesis socialistas, sea cual sea su templanza. Sin embargo, no es válido decir que vaya acompañado en forma de binomio el gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo, con la economía capitalista, sino que ambos compaginan en mayor grado.

Por lo anterior debemos ponderar que somos una democracia en transición. Las políticas liberales no le dan garantía de permanencia, pues la amplitud que otorga al libre albedrío de los hombres puede provocar que, cansados de un camino experimental, volteen la vista al pasado. Clinton es el ejemplo más común en un Estado donde las políticas de mercado fueron aplicadas con todo rigor.

Berger por ello expresa, en un análisis acucioso sobre este tema, que debemos de ser cautelosos pues no podemos afirmar que el socialismo ha muerto y que el capitalismo sea el último camino, porque éste será ineludiblemente asociado con desempleo, inflación, escasez e intranquilidad social y política. El escenario de los próximos años resultará incierto para la consolidación democrática del país, de no atemperarse los efectos colaterales del liberalismo.

En este esquema debemos considerar que el sistema político no debe de poner todo su empeño en un proyecto del cual aún no existe un destino definido. Por ello, la cautela debe

prevalecer en estos momentos de incertidumbre; el escenario de 1994 puede hacer que el péndulo regrese y rechace lo que hoy es válido. El retorno de Carlos Andrés Pérez es un ejemplo, su estrepitoso fracaso es muestra de un pueblo que lo rechaza por no haber sido capaz de volver al esquema de su primer periodo.

De algo sí estamos seguros, el capitalismo continuará en cualquier modalidad; lo importante para México es encontrarse en un esquema del que esté convencido y que permita que fragüe el proyecto democrático.

El proyecto de Liberalismo Social no debe olvidar el origen revolucionario o pretender satanizarlo. En la población hay una cultura de arraigo y creencia que puede ser revertida en nuestra contra de usarse en forma maquiavélica. El fenómeno Cárdenas fue producto de un punto de apoyo ideológico usado para atacarnos.

Conciliar pues, nuestro proceso histórico con las políticas liberales, es el reto. Hace mucho que en el discurso no se habla de la Revolución, pero la oposición inicia ya su uso permanente y parece estar decidida a hacernos parecer traidores e iconoclastas. El proceso de educación política y cultural tarda mucho tiempo. En 82 años la población ha absorbido de alguna forma las tesis sustentadas en la Revolución Mexicana. 6 años no son suficientes para cambiar la historia ni el pensar de un pueblo. Lo que debemos remarcar es que la Revolución está siendo retomada en su proyecto original; que la democracia se consolida gracias a un régimen revolucionario y que de los mexicanos depende avanzar o postergar nuestro progreso en la paz y libertad.

(1) *Journal of Democracy*, John Hopkins University Press.